

**Oración para iniciar la reunión**

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

**ESQUEMA:**

1) GENERAR Y SER GENERADOS .....	1
2) EL DON DE LA VIDA.....	3
3) LA RELACIÓN PADRES-HIJOS.....	4
4) LA GENERACIÓN ETERNA EN DIOS .....	5
5) PARA CONCLUIR .....	5
6) CONCRETANDO .....	6
7) COMPROMISO DE EQUIPO .....	6
8) Y ¿CÓMO PUEDO AMPLIAR? .....	6

**TEMA 1. Generación humana y don de la vida**

Tras haber estudiado el curso pasado el misterio de la paternidad, nos disponemos este año a profundizar en las experiencias de la filiación y la fraternidad. Dentro del plan de formación establecido en Familias de Betania es el cuarto de los doce temas que nos hemos propuesto estudiar.

Como punto de partida vamos a tomar la evidencia de una experiencia común: todo hombre que viene a este mundo es hijo. Se trata de un don que hemos recibido gratuitamente y que nos une a todos desde el origen. Ser hombre significa ser hijo. En este primer tema del curso vamos a detenernos en dos corolarios de esta última afirmación: ser hijo es ser generado por otros, y ser hijo es recibir el don de la vida.

**1) Generar y ser generados**

La generación es una experiencia humana envuelta siempre en un halo de misterio. En este sentido, lo primero que podemos decir es que generar no es un hecho bruto, puramente biológico o animal. No es un acto puramente 'natural', sino que es una vivencia cargada de sentido, una experiencia simbólica. Si el símbolo da que pensar, es conveniente dejarse interrogar por el evento de la generación. En ella se verifica la revelación de un sentido, más o menos escondido. ¿Cuál es el significado de la experiencia generativa?

Generar es, sobre todo, un acto humano en el que se instituye una relación. En esta relación, hay quien da, quien recibe y siempre está en juego aquello que se da. La lógica del don, entonces, preside la acción generativa.

Los cónyuges se donan a sí mismos el uno al otro recíprocamente. En este mutuo don de sí se ponen las condiciones de posibilidad para que acontezca el milagro del surgimiento de una nueva vida humana. Por ello, es preciso insistir en que generar no es solamente un acto biológico. Generar es mucho más; es entregar a otro el inicio de su historia. Es, por consiguiente, un acto que tiene la estructura de la promesa. Los padres comunican al hijo un mensaje fundamental: "Estaremos



contigo, puedes contar con nosotros, te queremos desde lo más hondo del corazón”. No se trata de una experiencia emocionante sino muy profunda, metafísica. Generar significa introducir en el mundo al hijo; no se trata de algo puntual e instantáneo sino que es una tarea que dura toda la vida.

Todos conocemos formas reductivas de comprender esta relación. Por ejemplo, a) la pretensión de poseer al hijo sin reconocer la diferencia radical con los padres; b) también la tentación de querer controlar y programar al hijo; c) el rechazo de su presencia y de su alteridad como ocurre en el aborto provocado; d) la reducción de generar sin promesa ni verdadero amor por los hijos, que son descuidados, maleducados, abandonados...

Como vimos también el año pasado, el significado de la generación se revela también de modo paradójico en la esterilidad. Cuando un hijo no viene, tantas veces se cae más en la cuenta del valor y de la belleza del don de la generación. Como afirma la filósofa Martha Nussbaum, en lo que denomina “conocimiento cataléptico”, muchas veces valoramos más algo cuando carecemos de ello, salud, trabajo, hijos... Así como en la enfermedad se descubre la preciosidad de la salud, así también en la esterilidad, comprendida como vacío, ausencia, falta, se descubre al hijo. De este modo comprendemos que es posible que quien no ha tenido hijos pueda tener una experiencia profunda del bien que supone recibirlos.

Generar es una obra en la que se esconde la obra de otro, Dios creador y padre. En este sentido, generar es recibir un don de Dios. Generando se testimonia la obra creadora de Dios: es esto lo que se celebra en el sacramento del Bautismo, como segundo y definitivo nacimiento, como afirma bellamente la liturgia de la Iglesia.

Ser padres es, por consiguiente más que desear un hijo; es acoger una llamada, una vocación, una gracia. Esta acogida es un acto de libertad. Es una experiencia en la que se recibe activamente un don. Por ello comprendemos bien que el hijo no ha de ser nunca fabricado o producido, sino siempre recibido y acogido como un don gratuito.



¡Qué hermoso es que cada uno de nosotros sepa que ha sido generado en una relación de recíproca donación! De este modo, la relación conyugal se convierte simbólicamente en la “casa”, en el *ethos* desde el que nos asomamos al mundo. El escultor francés Auguste Rodin plasmó en una pequeña obra dos manos humanas –una de mujer, otra de varón– que se van al encuentro una de otra y están a punto de formar un espacio de acogimiento, que implica un espacio físico de unión y un espacio lúdico de amparo. Todo lo que significa la relación humana de encuentro vibra en estas dos manos bronceadas que se acercan con voluntad de entrelazarse. De modo sorprendente, el autor tituló esta obra *La catedral*. Con ello otorga a las dos figuras una dimensión simbólica singular. Dos manos derechas -de un hombre y una mujer- que se dirigen hacia lo alto y se van al encuentro presentan diversos sentidos.



Una catedral es el lugar de encuentro por excelencia de los fieles de una diócesis. Si la obra de Rodin se denomina *La catedral*, es porque desea representar la búsqueda de la clave de bóveda del pequeño gran edificio que es el *hogar*. Considerar como una catedral la unión de un hombre y una mujer –simbolizados por su mano derecha– supone una concepción muy valiosa del amor conyugal, al que se ve como un modo de relación que integra vertientes de la realidad distintas y complementarias, que van desde el plano biológico y psicológico al personal y el religioso. Hogar y catedral, familia e Iglesia están imbricadas entre sí en la lógica generativa.

Únicamente a partir de la alianza de amor que lo ha generado, el hijo realiza la experiencia concreta de la alianza con la vida: de este modo aparece realmente una promesa digna de ser creída. Para cada ser humano la vida es un don, ¿pero qué significa esto?

## **2) El don de la vida**

“El don de la vida, que Dios Creador y Padre ha confiado al hombre, exige que éste tome conciencia de su inestimable valor y lo acoja responsablemente” (Instrucción *Donum vitae*, n. 1). El Magisterio de la Iglesia nos invita con esta expresión a recibir el don de la vida. Pero el don que recibimos no es únicamente la vida, sino también una luz hacia la vida. La recepción a la que se nos invita ha de ser activa: exige de nosotros una reflexión.

La mayor dificultad que se encuentra respecto al don de la vida es darlo por supuesto. Si las cosas no se reflexionan adecuadamente, es porque no acaban de importar. A uno le puede importar mucho la vida, pero si no la convierte en objeto de reflexión, no descubre su misterio. Una de nuestras dificultades es que quizás estamos acostumbrados a oír hablar de “misterio”. Al escuchar este término lo asociamos a una cosa incognoscible y no hacemos esfuerzo alguno para conocerlo. Sin embargo, la realidad es precisamente todo lo contrario. El misterio es, ante todo, aquello que se puede conocer por Revelación. El esfuerzo por recibir el don de esa Revelación es fuente de fecundidad y hace que el don sea tremendamente operativo.

“La vida humana es un don de Dios”. Esta afirmación puede resultar a primera vista evidente, porque dentro de cualquier formación cristiana se nos ha enseñado a dar gracias por la vida. Pero quizás no siempre hemos sabido hacer de esta verdad un principio de reflexión. Tenemos dificultades en la comprensión de lo que la misma vida es y qué significa dar gracias por la vida como un don. Este principio de reflexión es especialmente necesario en una cultura como la nuestra que constantemente nos bombardea oscureciendo su significado. Que la vida sea un don no es simplemente un dato que yo recibo y acepto, sino que es un modo de comprender la vida para llevarla a plenitud. He de reflexionar en la vida como un don para entender de qué manera yo conduzco mi vida. Precisamente así sabré descubrir las formidables dificultades que una determinada cultura presenta frente al don de la vida.

Estas dificultades son, ante todo, los reduccionismos antropológicos, los modos como la persona se comprende a sí misma, modos como la persona interpreta sus experiencias fundamentales y por los cuales saca conclusiones que impiden que se



desarrolle la vida como un don. Estas visiones reductivas son básicamente dos: el reduccionismo naturalista y el reduccionismo sociológico.

a) El *naturalismo* considera la vida humana simplemente como un elemento más de una naturaleza general, un punto más en un despliegue cósmico, en el que aparece como una especie nueva con unas características especiales. Pero esa vida no es más que un “*continuum*” que se va desarrollando. Este reduccionismo naturalista es el que se enseña en los colegios; el que aparece en los anuncios respecto a lo que es la vida y el origen de la vida; el que se impone cuando se entra en un ambiente científico.

b) El *sociologismo* considera que el valor de la vida es el que la sociedad le otorga. De este modo, una vida es valiosa dependiendo de su aportación a la sociedad. Porque el valor de las cosas depende de la sociedad. Se valora una vida humana según el criterio de si se acerca o se aleja del modelo de vida que presenta la misma sociedad. Por consiguiente, habrá una manera de presentar la vida como peligrosa para la sociedad. Un ejemplo son los argumentos demográficos que nos presentan el crecimiento de la vida humana como algo que puede perjudicar nuestro estado de bienestar, y consecuentemente, nos inducen a una sospecha respecto de la vida para que necesariamente no la consideremos como un bien, para que tengamos que calcular de qué manera podemos recibir la vida y de qué manera la podemos llevar a cabo. Así habrá determinadas vidas que se consideren inservibles para la sociedad; vidas que se considere que no son buenas para la misma. Igualmente, al presentar un ideal de vida en ese estado de bienestar, las vidas de aquellas personas que se separen de ese ideal, serán presentadas como existencias sin suficiente calidad, no dignas de ser vividas, y por consiguiente desvalorizadas.

¿Cuál es el punto en común de estos reduccionismos para que se alejen de lo que parecía más natural, que es la lógica del don? El modo de coincidir ambos reduccionismos, por lo cual uno se apoya en el otro, está en el modo de ver la vida desde un parámetro distinto de lo que es la vida humana: no reconocer lo original de la vida personal. Y es ahí donde la lógica del don nos ayuda de un modo nuevo.

### **3) La relación padres-hijos**

La relación padres-hijos es particularmente reveladora. Ya de entrada, comprendemos bien que no se trata de una relación igualitaria ni paritaria. Ha de ser una relación educativa, de modo que los padres haciendo crecer a los hijos, maduran como esposos y padres. Un filósofo contemporáneo, Marcel Gauchet, ha descrito de este modo la revolución antropológica que estamos viviendo: antiguamente la familia generaba al hijo; hoy en cambio el hijo genera la familia. Se trata de una inversión perversa: la de mirar al hijo con una mirada reductiva, exclusivamente desde el prisma del deseo individual. La tentación que nace de esta visión puramente desiderativa sobre el hijo es la de recaer en un infantilismo o un endiosamiento del niño (puerocentrismo).

La relación padres-hijos no es por sí misma dialéctica, de oposición conflictiva. Todos sabemos que hay conflictos, discusiones, rebeldías,... pero todo ello se enmarca en un marco más grande. Los padres y los hijos están vinculados por un amor primordial que permanece y se convierte en una llamada constante a que efectivamente sea una relación donde el amor madura.



Lo entienden particularmente bien los padres porque son, al mismo tiempo, hijos. Decimos que uno descubre de un modo siempre nuevo lo que es ser hijo cuando llega a ser padre. Todos somos hijos y todos estamos llamados a convertirnos en padres. Antes de ser eventualmente generadores, nosotros somos generados. Esta precedencia insta un orden del amor (*ordo amoris*) bien claro: los hijos no son para los padres, sino los padres para los hijos.

En este sentido, la condición filial se convierte en paradigmática para todo hombre. En ella se revela la verdad más originaria del ser humano. No puedo nombrarme sin hacer referencia a otros. En el origen de cada uno se encuentran otros. De este modo podemos vislumbrar que en el Principio no se encuentra la soledad sino la comunión. Esto no es un simple hecho, sino que nos dice algo muy importante. El amor originario me revela el singular don de la libertad y el espacio de la relación. El evento de ser generado es constitutivo de la identidad personal. La relación filial constituye el acceso paradigmático para comprender la verdad de la condición humana.

Comprendemos mejor así esta hermosa afirmación del Papa Francisco en la encíclica *Lumen fidei*: “La persona vive siempre en relación. Proviene de otros, pertenece a otros, su vida se ensancha en el encuentro con otros. Incluso el conocimiento de sí, la misma autoconciencia, es relacional y está vinculada a otros que nos han precedido: en primer lugar nuestros padres, que nos han dado la vida y el nombre” (LF n. 38).

#### **4) La generación eterna en Dios**

“Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy” (Sal 2,7; Hb 5,5). “Eres príncipe desde el día de tu nacimiento entre esplendores sagrados, yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora” (Sal 110,3). Estas expresiones de la Sagrada Escritura aluden a un Rey mesiánico, pero también nos evocan de modo misterioso a Jesucristo y de origen eterno. En el Credo, lo confesamos con estas palabras: “engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre...”. Esta distinción entre generación y creación es digna de ser pensada. Jesús es el Hijo de Dios, generado eternamente por el Padre. El Padre genera, pero no es generado. La inmensidad del Padre se hace cercana a la humanidad en el Hijo; su grandeza se hace pequeñez en la filiación. El Padre, sin-medida, se deja medir en el Hijo.

Las experiencias de la paternidad y la filiación se encuentran en el corazón de la salvación. Somos hijos en el Hijo. Accedemos al Padre, el Invisible, no directa e inmediatamente, sino mediante el Verbo que se ha hecho hombre por nosotros y nuestra salvación. Cristo transforma, así, desde dentro las relaciones familiares para que reflejen la novedad del amor que Él porta consigo.

#### **5) Para concluir**

La experiencia de la generación tiene una fuerte carga simbólica. En ella se nos revela que la vida es un don recibido de Dios a través de la mediación humana del amor conyugal. La relación padres-hijos establece una relación entre generaciones que dirige el matrimonio hacia la familia. Dios se ha encarnado en las entrañas de la Virgen Santísima y haciéndolo nos descubre el significado último de la generación y de la vida humana.



### **6) Concretando**

1. ¿Qué significa generar? señala algunos ámbitos generativos y explica por qué lo son
2. ¿Cómo pensar y vivir el don de la vida? ¿Qué prácticas familiares crees que pueden promover ver la vida como un bien?
3. ¿Cómo vivir mejor la relación padres-hijos? ¿qué prácticas educativas concretas crees que te ayudan más en este momento de tu vida?
4. La experiencia de la generación humana, ¿qué nos revela de Dios?

### **7) Compromiso de equipo**

Sugerencias

- Rezar el Rosario por el sínodo de los Obispos sobre la familia
- Conocer y compartir iniciativas por la vida: Red Madre, Proyecto Raquel...

### **8) Y ¿cómo puedo ampliar?**

- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae* (22.02.1987)  
[http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_faith\\_doc\\_19870222\\_respect-for-human-life\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_faith_doc_19870222_respect-for-human-life_sp.html)
- GIUSEPPE ANGELINI, *Il figlio. Una benedizione, un compito*, Milano 1991.